

---

## TULIO HALPERIN DONGHI (1926-2014). SU INFLUENCIA EN LA HISTORIOGRAFÍA ARGENTINA

Eduardo José Míguez<sup>1</sup>

En 1979 asistía a una charla en la que Tulio Halperin evaluaba la producción historiográfica argentina reciente. Entre sus observaciones, mencionó la ausencia de aportes de la sociología a la historia. Pregunté si no consideraba que la obra reciente de un sociólogo reconocido allí presente relativizaba su observación. Su amable respuesta fue que, al reducir esa obra el “marco teórico” a su mínima expresión, podía asimilarse a la de un historiador. En los corrillos posteriores a la charla, se acercó a mí el sociólogo para censurar –un poco en serio, un poco en broma– el haberlo expuesto públicamente al juicio del maestro. La obra en cuestión es hoy ya un clásico y su autor un referente indiscutido en su campo, muy al gusto de Halperin. Pese a que todo ello ya era previsible entonces, el hecho de que este sólido integrante, de lo más destacado de la generación intelectual subsiguiente a él, expresara aprensión a ser expuesto a los comentarios del profesor de Berkeley denota claramente el lugar que a éste se le reconocía en la comunidad académica ya desde aquel momento. Es ese un buen punto de partida para pensar su influencia en la historiografía argentina.

En sus reflexiones sobre su propia trayectoria como historiador, Halperin ha destacado la influencia que Fernand Braudel y José Luis Romero ejercieron sobre su formación, en una época en que la relación del discípulo con su guía jugaba, según reconoce, un papel muy significativo. Pero en tanto recuerda en Braudel un actor influyente sobre las opciones historiográficas de sus dirigidos, la imagen que transmite de Romero es más bien la de un modelo que invitaba a ser emulado, más que la de un instructor que impusiera su liderazgo.<sup>2</sup> Esta definición sobre Romero –como otras, según veremos– parece de alguna manera establecer un paralelo con su propio lugar en la historiografía argentina. Hay, sin embargo, claras diferencias en los papeles que ellos ocuparon como referentes para generaciones posteriores. Halperin reconoce en Romero un constructor de instituciones; si su acción personal no es tan determinante en la trayectoria historiográfica de los que podrían llamarse sus discípulos, las instituciones y los instrumentos que promovió constituirían canales poderosos para su formación. Podría pensarse que esa evolución se asocia con los cargos más destacados de Romero, como

---

1 IEHS - Universidad Nacional del Centro y Universidad Nacional de Mar del Plata, Argentina.

2 Halperin Donghi, 2008. *Son memorias*, Buenos Aires: Siglo XXI.

rector de la Universidad de Buenos Aires y decano de su Facultad de Filosofía y Letras. Pero, en realidad, en la interpretación de quien se reconocía hasta cierto punto como su aprendiz, fueron las estructuras mucho más marginales del Centro de Estudios de Historia Social y la Cátedra de Historia Social los espacios desde los cuales Romero influyó en la generación subsiguiente de historiadores.<sup>3</sup>

En cierta forma, esta reflexión, por omisión, define el papel que el propio Halperin se asigna en la creación de una tradición historiográfica en la que su influencia es innegable. Cuando recuerda la experiencia más significativa asociada al establecimiento de esa tradición antes de su partida al exterior, en la Universidad de Rosario, destaca sobre todo la actuación de Nicolás Sánchez Albornoz al frente del Instituto de Investigaciones, más que el suyo propio en el decanato, renunciando así a atribuirse un rol de peso en la orientación general de las nuevas generaciones.

En algo más la diferencia con Romero se hace evidente, y en parte ello puede estar directamente vinculado con lo anterior. Habiendo transcurrido su primera juventud en la Argentina del progreso, Halperin ve en el historiador medieval la impronta de una identidad con aquella etapa, que marca de manera decisiva su visión de la realidad que lo rodea. Ella se caracterizaría por la esperanza del retorno a un mundo que, más allá de sus imperfecciones, se le aparecería al maestro como una base adecuada para un futuro más promisorio. Este sería el soporte sustantivo de un optimismo que lo llevó a seguir apostando por la construcción institucional aun cuando los presagios racionales anunciaban tempestades de las que difícilmente se salvaran esas precarias construcciones. En cambio, la palabra clave con la que el discípulo argentino define su propia experiencia en la vida nacional es *crisis*. Una crisis que, si nunca llega a ser terminal, es renovada permanentemente y se presenta una y otra vez como un callejón sin salida. No sorprende, entonces, que quien mira el desarrollo de la nación que lo apasiona con un enorme escepticismo se vea más tentado a una recelosa toma de distancia de su vida institucional que a volcar sus esfuerzos en ella. Cuánto de ello es producto de la impronta cultural y cuánto de una constitución intelectual innata es algo abierto a la opinión, pero no hay duda de que existe un paralelismo entre la desesperanzada mirada de Halperin sobre el país que le tocó vivir y la forma en que desgrana los procesos históricos, que con referencia a su maestro, llama “conciencia histórica”.

Aparece aquí, sin embargo, uno de esos rasgos que Halperin atribuye a su predecesor y que bien pinta una definición de su propia vocación. Decía respecto de Romero que esa conciencia histórica “no podía estructurarse al margen de las inquietudes prácticas del historiador” ... “aunque iba a esforzarse constantemente por mantener separadas sus conclusiones teóricas de las convicciones que guiaban su acción”.<sup>4</sup> En un breve texto reciente destinado a rememorar al historiador que nos acababa de dejar,

---

3 Halperin Donghi, 1980. José Luis Romero y su lugar en la historiografía argentina. *Desarrollo Económico*, vol. 20, n° 78.

4 Halperin Donghi 1980, *cit.*, p. 250.

destacaba yo como rasgos centrales de su obra la pasión y la distancia: la primera con la que intentaba desentrañar los misterios del pasado de una Argentina cuyo presente veía como su dramático resultado, y la segunda –distancia material e intelectual a la vez– que buscaba transformar en un instrumento que, mitigando la pasión, permitiera construir una visión más precisa de aquello que se proponía interpretar. Sin saberlo yo en ese momento, atribuía a quien buscaba homenajear los mismos rasgos que él, a su vez, había atribuido a Romero en su propio recuerdo. Y esa misma convicción, de que la historia es a la vez un compromiso con el presente y un esfuerzo por no estar sometido a las pasiones que éste impone, aparece –no ya en referencia a Romero– en su clásica evaluación de un cuarto de siglo de historiografía argentina, que publicara *Desarrollo Económico* al festejar los 25 años de su existencia en 1986.<sup>5</sup>

No era este el único elemento que los uniría. Sin duda, los breves años que fueron de 1955 a 1966 conformaron la matriz en la que cobró forma esa corriente historiográfica que tuvo en el profesor de Historia Social a su referente y en el autor de *Revolución y guerra* a su practicante más maduro y, a la vez, seguramente más destacado, en una generación por cierto prolífica. Esa coyuntura fue caracterizada por las múltiples influencias que en ella contribuyeron a modelar la que se proponía como una renovación historiográfica. De entre ellas, las ciencias sociales, representadas sobre todo por la sociología funcionalista, que Gino Germani había contribuido decisivamente a instalar, la teoría del desarrollo, asociada al por entonces tan influyente libro de W. W. Rostow, que tendría su secuela argentina en los trabajos fundacionales de Guido Di Tella y Manuel Zymelman, y un difuminado marxismo, estaban entre las más visibles. Si en la evocación de la coyuntura Halperin descalifica rápidamente el estéril esquematismo de la segunda y caracteriza a la tercera con menos consideración que la que el esfuerzo renovador de muchos de quienes se identificaban con ella –creo– justifica, las ciencias sociales, que son reconocidas como las interlocutoras más influyentes de las nuevas corrientes historiográficas, tampoco eran recibidas con un entusiasmo sin límites.

Reconociendo el papel crucial que el efímero rector de la Universidad de Buenos Aires y decano de la Facultad de Filosofía y Letras había jugado en la apertura a tales ciencias, no es difícil encontrar la propia opinión del ex decano de la Facultad de Filosofía de Rosario cuando atribuye a aquél el juicio de que “su rigor metodológico enmascaraba una cierta pobreza cultural, e impedía abordar empresas verdaderamente originales y creadoras”. Ese escepticismo, de todas maneras más enfático sobre la teoría del desarrollo y el marxismo que sobre el aporte de la teoría social –que no dejaría de marcar su presencia en la obra halperiniana–, se refleja en su opinión sobre el papel que atribuye a Romero en relación a sus estudiantes y que podría traducirse de manera casi literal a la influencia que la obra del propio Halperin tendría sobre las generaciones de historiadores que lo adoptarían a él, más que a Romero, como su referente:

---

5 Halperin Donghi, 1986. Un cuarto de siglo de historiografía argentina. *Desarrollo Económico*, vol. 25, n° 100.

Disputados esos estudiantes en su lealtad por ortodoxias metodológicas e ideológicas que se aparecían a la vez incompatibles y llenas de fuerzas persuasivas, la lección que Romero les proporcionaba, si no les ofrecía una alternativa teórica capaz de superar ese dilema, les daba quizás algo más directamente relevante; un ejemplo de como era posible ignorarlo, y llevar adelante una obra de reconstrucción de la realidad social más capaz de dar cuenta de su desconcertante y contradictoria riqueza, y sin embargo no menos coherente que las que pagaban esa coherencia imponiendo al objeto de su examen las más crueles mutilaciones.<sup>6</sup>

Por lo demás, la perspectiva que asumía Halperin no estaba, a su vez, desprovista de su propia fuente de inspiración, que sería sin duda la influencia más decisiva de las que impactarían en aquella corriente historiográfica, y en este caso más influyente, por una cuestión generacional, sobre él que sobre el medievalista. Desde luego, se trata de la manera de practicar la historia de *Annales*. Y a través de ella, se reforzaba ese diálogo que, aunque fuera sin duda más fluido con las ciencias sociales que con el marxismo, no dejaba de incorporar a éste en el horizonte de preguntas que era considerado necesario abordar.<sup>7</sup> Además, de los elementos que constituían una propuesta historiográfica menos claramente definida de lo que su reconocida influencia puede hacer creer, lo que encontraría una lealtad más persistente en el discípulo de Braudel sería la ambición de una historia total, de integrar en la conciencia histórica las múltiples interrelaciones que condicionan la evolución de los procesos históricos. Porque esas interrelaciones no son regidas por parámetros rígidos, porque ellas obligan a considerar variadas dimensiones para intentar comprender los factores que influyen en cada circunstancia sin que de antemano pueda saberse cuáles de ellos tendrán un papel más significativo en el decurso de los acontecimientos, es que la *historia total*, tal como la practicaba Halperin, no podía atenerse a un “marco teórico” rígido que predeterminara la estructura de la investigación. Y a su vez, por lo mismo, no podía renunciar a tener en cuenta un conjunto amplio de elementos que se articulaban en la explicación de los procesos históricos y aplicar para su comprensión instrumentos conceptuales que, sin ser explícitos, constituían rumbos que orientan el curso de la reflexión. Así, más allá de su escepticismo sobre los modelos estructurados, si se observa con cuidado la construcción de sus obras, se constatará la presencia de las sugerencias de la teoría social, mostrando posibles interrelaciones entre los hechos que, si no reemplazan la constatación práctica de esas determinaciones, son guía útil para la construcción de las interpretaciones históricas. Y entre ellas, la discreta apelación a la teoría económica clásica ocupa un lugar destacado no sólo en los trabajos más directamente ligados a cuestiones económicas.

Con ese trasfondo, la labor historiográfica de Halperin se caracterizó por la precaución, tanto en el uso de teorías e instrumentos metodológicos como en la formulación de hipótesis. En un plano más superficial, esta precaución daba forma al intrincado

---

6 Esta cita y la anterior, en Halperin Donghi 1980, *cit.*, p. 255.

7 La figura de Georges Lefebvre articula estas tradiciones. Halperin remarca, sin embargo, la distancia entre su maestro, Braudel, y la gran figura historiográfica del marxismo contemporáneo en Francia, Pierre Vilar.

lenguaje que ha torturado (y seguirá torturando) a generaciones de estudiantes que deben aprender a interpretar la negación de la negación como una cauta afirmación, o a simplificar las interminables parentéticas que permiten matizar cualquier hipótesis, considerando a la vez lo que tiene de discutible. En uno más profundo, la precaución consiste en pensar la historia no como la expresión de estructuras y modelos, sino como la compleja combinación de las múltiples dimensiones de una realidad social multifacética. En el proceso histórico, se entrelazan la economía, la estructura social, los imaginarios y las ideas, los acontecimientos políticos. Por definición, la historia es una articulación de todas estas dimensiones. Y junto con ellas, Halperin intercala cada tanto una dimensión simplemente humana que emerge como la explicación más simple, más obvia, casi pueril, pero por lo mismo más convincente, de los hechos.

Esta modalidad de trabajo le permite desarrollar ese recurso, a la vez literario y metodológico, con el que Halperin sorprende con frecuencia a sus lectores: el cambio de perspectiva. Ese juego entre el punto de vista de los diferentes actores y las dinámicas de los contextos que están más allá de las posibilidades de control de estos –la naturaleza misma de las cosas, según una expresión que gustaba usar– es parte esencial de su forma de trabajo. Se ubica, así, en una historiografía que abrevia tanto en el relato histórico tradicional –esa secuencia de nombres y acontecimientos que caracterizaba a la *histoire événementielle*– como en las explicaciones más estructurales, basadas en dinámicas demográficas, económicas o de conflictos sociales y mentalidades. De este modo, en general, las obras de Halperin transcurren con el protagonismo de hombres con nombre y apellido o, en todo caso, de instituciones cuyas lógicas responden a los intereses concretos de sus integrantes. A la vez, ese protagonismo está condicionado por diversas dimensiones de sus propias vidas y por contextos que el historiador no puede dejar de considerar si desea comprender el proceso que narra.

No obstante, si estos rasgos de su producción madura son visibles ya desde muy temprano, la impronta historiográfica de su etapa formativa y de las tendencias dominantes en el momento constitutivo de la corriente historiográfica de la que formó parte no dejarían de estar presentes. Y en ella, sin duda, no es la de Romero la influencia notoria. Ya que si la presencia de la renovación historiográfica francesa de la década de 1930 es visible en la aproximación a la historia de Romero, habría que buscarla más en Lucien Febvre que en Marc Bloch, y mucho menos aún en la continuación de la temática del último que cultivara Braudel. Así, los marcos institucionales creados por el fundador del Centro de Estudios de Historia Social y el Instituto de Investigaciones dirigido por Sánchez Albornoz en Rosario fueron espacios que dieron lugar al desarrollo de formas de cultivar la historia que revelaban más entusiasmo por las novedades que el que más tarde reconocería Halperin en la trayectoria de Romero.

La receptividad a las novedades seguramente jugó un papel importante en la influencia intelectual que el propio Halperin alcanzaría en la generación más joven, que lo acompañaba en la formación de la nueva corriente. Y ello explica por qué el lugar marginal en las instituciones que ocupaba esta escuela renovadora en su período fun-

dacional –reiteradamente señalado por él– no se corresponde al que en efecto ocupó en la creación de una tradición historiográfica, como lo dejaría ver, más allá de cualquier duda, la configuración del panorama institucional de la universidad pública luego de la restauración democrática de 1983. Se repetía, así, ahora con Halperin como numen, si no como actor directo, lo que él mismo señalara respecto de Romero antes y después del primer peronismo. Luego del ostracismo, ciertas dinámicas de la sociedad y la disciplina revelarían la legitimidad alcanzada por una propuesta historiográfica que ocupara previamente un lugar lejano a la centralidad. Así, su balance de 1986 se constituía en la referencia de partida de una nueva etapa, en la cual la propia obra del autor de ese arqueo, decana de la de sus compañeros de ruta de la colección de historia argentina editada por Paidós, establecía el cartabón desde el cual la historiografía argentina ingresaría decididamente en el horizonte de una rigurosa profesionalización internacional.

Un aspecto notable de ese proceso es que el impacto específico de la influencia halperiniana sería más visible precisamente en el creciente distanciamiento de los jóvenes integrantes de esa renovación respecto de las formas más esquemáticas de hacer historia que habían impactado en la disciplina junto con aquella renovación metodológica de los años 60. La maduración profesional llevaría sucesivamente a las generaciones de quienes se incorporaron a la profesión en las décadas de 1960 y la siguiente a considerar esa renuncia a, o al menos relativización de, los modelos más formalizados que citábamos. Así, los modos de producción, la conciencia de clase, el proceso de modernización y las etapas del desarrollo irían cediendo lugar a explicaciones menos rígidas, en las que si Halperin no era tomado como modelo a ser imitado, lo que sería difícil dada la escasez de reglas que caracterizan su forma de trabajo, se constituía en una permanente advertencia sobre el peligro de simplificaciones. Ello revela cómo el sedimento de la formación profesional podía progresivamente sobreponerse por encima de las convicciones más audaces, ya sea en cuanto a la matriz metodológica o respecto de las doctrinas teóricas que impulsaron los tramos iniciales de las carreras de los jóvenes historiadores de las generaciones subsiguientes a los renovadores de 1960. Desde luego, más allá de la experiencia y la formación profesional, no sería ajeno a ello los desencantos políticos y académicos a los que fueron sometidos. Pero en todo caso, aquella forma de practicar la profesión que siempre habían admirado, más allá de las reticencias con que lo hubieran hecho, se ofrecía como un instrumento importante para incorporar a su arsenal profesional.

Desde luego, en los propios textos de Halperin esa apelación a interpretaciones de contextos no podía ser ajena a las influencias teóricas que gobernaban las ciencias sociales. Así, cuando se miran desde hoy algunos de sus trabajos de los años 60 y 70, se observan recursos interpretativos de los que enfáticamente tomaría distancia más tarde. Sus textos sobre América Latina de aquellos años dan más peso a la dependencia respecto de los países centrales –específicamente, Gran Bretaña– del que se observa en sus visiones más tardías, dando lugar a su artículo de 1982 “Dependency Theory

and Latin American Historiography”<sup>8</sup> que le permitiría distanciarse de ella. Otro tanto puede decirse de su visión de la dominación social, que en los textos de los años 60-70 se expresaba en la frecuente apelación a la fórmula de “dueños” y “administradores” del poder para referirse a las clases propietarias y el funcionariado político, fórmula a la que renunciará explícitamente en la conferencia que ofreció al recibir el doctorado *honoris causa* que le entregara la Universidad de Luján y que fuera publicada como “Clase terrateniente y poder político en Buenos Aires (1820-1930)”.<sup>9</sup>

En este punto, podríamos volcarnos a la obra de Halperin y, recorriendo su extensa producción, intentar captar la forma en que esa matriz historiográfica se plasmó en ellas y la repercusión que esa configuración tuvo en quienes siguieron su derrotero. Ya que ello excede lo que el espacio disponible permite aquí, me limitaré a mencionar unos pocos ejemplos que –creo– ilustran una forma de hacer historia y la influencia que ella tiene en la práctica de nuestros colegas.

Seguramente, la obra por largo tiempo más influyente que lleva su sello es aquella colección que publicara la editorial Paidós a comienzos de la década de 1970. Como se sabe, Halperin no sólo fue autor de dos de sus tomos, sino que coordinó la colección y escogió a los autores que la llevaron a cabo. En la mayoría de los casos, optó por la joven generación de colegas, pocos años menores que él, los cuales, formados en diferentes escuelas, habían animado decisivamente la renovación historiográfica de los años 60.<sup>10</sup> La colección se diferenció de la mayoría de las obras colectivas en que cada sección fue obra de un autor que buscaba dar unidad interpretativa a las diferentes dimensiones del análisis. Así, la idea de una historia que integrase múltiples planos de estudio, más que plantearlos de manera sucesiva como dimensiones autónomas, estaba en la misma estructura de la propuesta. Desde luego, la diferenciación de las dimensiones económica, social y demográfica y política está en la configuración de las obras, pero el hecho de que cada etapa sea abordada por un solo autor (en los volúmenes colectivos la separación de tareas es cronológica y no temática)<sup>11</sup> da cuenta de una forma de entender el oficio que lleva a abordar los diferentes niveles de la realidad para hacerla inteligible. La excepción es la última etapa, en cuyo tratamiento el propio Halperin se impuso el desafío de interpretar una realidad que, por su cercanía y por el tremendo impacto que había causado en la sociedad argentina en general y en particular en su medio intelectual, parecía entonces exceder lo que el historiador podía intentar. Seguramente, en tributo a la complejidad de la dimensión económica de esa realidad, prefirió derivarla a

8 1982. *Latin American Research Review*, vol. xvii, n.º 1, pp. 115-130.

9 1992. *Cuadernos de Historia Regional*, segunda época, n.º 15, Universidad de Luján, pp. 11-45.

10 Las excepciones fueron el tomo 1, dedicado a la “Argentina precolombina”, una sección del cual fue encargado a un consagrado arqueólogo con inclinación a la perspectiva histórica, y el 8, que debía ser llevado a cabo por economistas pertenecientes a su misma generación, hecho que no se concretó.

11 José Carlos Chiaramonte me comentaba que la intención original era una serie de tomos menores, cada uno de un autor, que debía publicar EUDEBA. Ante el cambio de situación en la universidad, varios de esos tomos se fundieron en trabajos mayores cuando el proyecto editorial fue asumido por Paidós.

especialistas, en un trabajo que nunca vería la luz. Sin embargo, que optara por integrar el análisis de la sociedad y la política en *La democracia de masas*<sup>12</sup> daba cuenta de una forma de aproximarse a la crisis argentina que ya había explorado en *La Argentina en el callejón*<sup>13</sup> y que continuaría en *La larga agonía de la Argentina peronista*,<sup>14</sup> donde economía, sociedad y política se entrelazan en una explicación de esa crisis que, si bien no podía contribuir a resolver, al menos intentaba recurrentemente explicar. Por otro lado, ya en aquella obra colectiva se refleja la forma en que Halperin influiría en sus colegas. Los autores no recuerdan que su rol de organizador de la colección fuera más allá de la asignación de tareas. Si buscó autores que compartieran –al menos en parte– una forma de cultivar la historia, dejaría luego que ellos desarrollaran su propia manera de llevar a cabo su labor.

Si aquella colección se destaca por su amplia difusión y notable influencia, los otros dos textos que aquí trataré no se caracterizan precisamente por ser los más frecuentemente citados de su obra. Pero creo que ilustran de manera notable su forma de hacer historia y, a la vez, marcan cómo ésta es, si no una guía o modelo, una advertencia para quienes abrevamos en esa tradición historiográfica.

*Guerra y finanzas en los orígenes del Estado argentino (1791-1850)*<sup>15</sup> es casi un anti-modelo de una estructura de investigación. Sólo las dos primeras carillas de la introducción contienen una escueta referencia a la articulación entre la pesquisa que se llevó a cabo para sustentar la obra y los problemas que allí buscan ser abordados. Por lo demás, ella consistió casi exclusivamente en una cuidadosa reconstrucción de los ingresos y los egresos en las finanzas públicas de los diversos Estados centrados en la vieja capital virreinal, desde el ocaso del poder hispano hasta el de Rosas. Ese trabajo se expresa en una serie de cuadros, apéndice a cada capítulo, referencias obligadas para quienes buscan interpretar el comportamiento económico y las finanzas en la época. El texto del libro, sin embargo, es más bien un relato del desarrollo político del período, basado en los profundos conocimientos del autor y en las numerosas fuentes que había consultado en otros trabajos. La lógica de la economía y de la sociedad son fuerzas que condicionan las alternativas de los gobiernos, y las finanzas, reflejo y causa de esas fuerzas y esos comportamientos. El Estado aparece, entonces, respondiendo a su propia dinámica, a su propia lógica, a sus propios intereses, limitados siempre por las condiciones en que debe desenvolverse. Por cierto, la pintura de ese rico horizonte no emerge de las cuentas públicas, pero ellas se constituyen en fiel reflejo de las dinámicas que enmarcan el proceso y, por ello, en límites a la voluntad del poder. Así, en *Guerra y finanzas...*, diez años antes de la conferencia de Luján, la tensa autonomía del Estado respecto de las clases propietarias se hacía ya notoria.

12 1972. Buenos Aires: Paidós. Hay varias ediciones posteriores.

13 1964. Montevideo: Arca.

14 1994. Buenos Aires: Espasa Calpe / Ariel.

15 1982. Buenos Aires: Editorial de Belgrano.



Desde luego, como el mismo Halperin señalaba en su introducción, el tratamiento de las cajas fiscales no era una novedad historiográfica cuando él lo asumió, si bien en el contexto rioplatense su aporte es de los primeros hechos sistemáticamente. Con posterioridad, diversas contribuciones retomaron la temática y, si bien todas han sido sin duda tributarios del laborioso trabajo cuantitativo de aquella obra, otras fuentes historiográficas pueden sindicarse como igualmente o incluso más influyentes en esta opción. La originalidad y el poder de la impronta de Halperin, entonces, debería buscarse más en la forma en que propone entender la relación entre economía, poder y finanzas que en su análisis específico.

Pocos años después de esa obra cuya arquitectura de investigación era tan descaradamente cuantitativa, Halperin dio a las prensas el resultado de una labor de naturaleza diametralmente diferente. *José Hernández y sus mundos*<sup>16</sup> abrevia mucho menos en una larga trayectoria previa sobre el objeto que desentraña –aunque, por supuesto, su autor estaba familiarizado tanto con el sujeto de su obra como con el contexto intelectual en el que actuaba– y mucho más en una precisa pesquisa en los mundos en que se hallaba inmerso. La obra se estructura en torno a dos de ellos: el periodismo y las representaciones del mundo rural; pero verdaderamente el mundo de la política está presente en todas partes y dicta, en muchas de ellas, el comportamiento de los actores. Esta lógica –y la de la economía y la sociedad, que sin ser tematizadas se dejan ver aquí y allí– permite a Halperin hacer de Hernández una vía de entrada a una imagen del proceso político de la formación del Estado. Y si su influencia parece más acotada que la de otras de sus obras –notoriamente, en esta temática, la tan reiteradamente citada introducción a *Proyecto y construcción de una nación*–,<sup>17</sup> al abordar el problema desde ángulos precisos y distintos a los más habituales, preanuncia enfoques que la historiografía no tardaría en asumir. También aquí, ahora visto desde las preocupaciones de un sector terrateniente que comienza a gestarse como el dinámico protagonista de una transformación económica y social, el vínculo de éste con el Estado es reevaluado de manera menos unívoca. Y el papel de Hernández en *El Río de la Plata*, así como antes que él en la más militante prensa de la Confederación, le sirve para aproximarse a las dinámicas reglas del periodismo, tema que será posteriormente retomado por la historiografía buscando desentrañar las formas de la política en la etapa que suele denominarse “régimen oligárquico”.

Los ejemplos podrían multiplicarse en otras obras y otros campos. Por caso, una historia intelectual que ofrece un notable juego entre el análisis del pensamiento y el de la realidad en que éste emerge, logrando el excepcional mérito de convertirse en algo sorprendentemente diferente a un mero resumen de autores. O incluso la historia de la historiografía, en la que se entrelazan de manera tan rica la biografía, la historia

---

16 1985. Buenos Aires: Sudamericana.

17 1980. Caracas: Editorial Ayacucho. Hay reedición: 1995. Buenos Aires: Ariel. La introducción fue editada independientemente en 1982 como *Una nación para el desierto argentino*. Buenos Aires: CEAL.

institucional y una mirada histórica más amplia sobre los contextos que inspiran las concepciones que estudia. No sorprende, entonces, que este sea exactamente el recurso metodológico que aplica a su propia autobiografía historiográfica en *Son memorias*. Esta articulación de una historia total, que con más o menos fuerza, según el caso, está presente en todas sus obras, no es por cierto un modelo seguido universalmente por la historiografía argentina. Otras corrientes y otras inclinaciones han ido forjando una producción cada vez más rica y variada. Nuestra anécdota inicial, sin embargo, ilustra el papel que Halperin ha tenido, y seguramente conservará por largos años, en el campo profesional sobre Argentina. La perspectiva que nos ha propuesto es ineludible, acosando cualquier tendencia a buscar salidas fáciles para explicar una realidad compleja. Ha establecido parámetros al abordar con descarnado rigor crítico los dos siglos del pasado de su nación. Ellos pesan en la labor de los historiadores; aunque ya no esté presente para que busquemos eludir su insidiosa mirada, su legado es una demanda de erudición, rigurosidad, comprensión crítica, sutileza.